

## Hacer memoria, hacer la historia, “creolizar” el Caribe

Marta Celi

### Resumen

El objetivo de este trabajo es explorar las formas de la nostalgia asociadas a los mecanismos de la memoria y a las dificultades para *hacer la historia*, según lo quiere Édouard Glissant —y de acuerdo con su concepto de “creolización”—, de una comunidad, la caribeña, surgida de e inmersa en una cultura *composite*. La nostalgia constituye una de las emociones más características de nuestro tiempo, vinculada a algunas de las problemáticas recurrentes del siglo XXI: anclaje en un tiempo/espacio, juego de la memoria/olvido, exilio, migraciones, orígenes, historia, valoración de las dimensiones temporales presente/pasado/futuro, entre otras. Recuperando la etimología del término en cuestión, esto es, *nostos*: regreso y *algos*: dolor, damos cuenta de la pena que provoca volver a un pasado muy doloroso cual es el del Caribe, signado por la ignominia de la esclavitud, el exterminio de diversas comunidades, las migrancias, con las consecuentes diásporas, de algunos sobrevivientes. Apoyamos nuestro análisis en las obras de Glissant, *La Case du Commandeur* e *Introduction à une Poétique du Divers*, así como en algunos conceptos de nostalgia de Svetlana Boym desarrollados en su texto *The Future of Nostalgia*.

### Abstract

The aim of this work is to study the interrelation between nostalgia and the mechanisms of memory as well as the difficulties to recreate history, according to Édouard Glissant —and his concept of ‘creolization’— of a Caribbean community, emerged from and immersed in a *composite* culture. Nostalgia has become one of the prevailing emotions of our time related to some of the recurrent issues of the XXI century: anchorage in a particular time/space, interplay of memory/forgetfulness, exile, migrations, heritage, history, past/present/future, interrelations among others. Taking into consideration the etymology of the concept dealt with, that is *nostos*: return and *algos*: pain, we try to demonstrate the pain caused by going back to such a painful past as that of the Caribbean, which is marked by the ignominy of slavery, the extermination of several communities, the migrations and the diasporas of survivors. Our analysis is backed up by Glissant’s works, *La Case du Commandeur* and *Introduction à une Poétique du Divers*, as well as by some of Svetlana Boym’s concepts on nostalgia developed in her work *The Future of Nostalgia*.

Afirma Antonio Tabucchi en un reportaje de 2006:

Tenemos nostalgia de lo que hubiera podido ser y que no hemos logrado. (...) Felizmente, podemos crear universos paralelos, universos que no existen, eso es la creación. Eso es lo que la literatura nos da. Nos da las cosas que no existen y es pues una creación. Es agregar algo al mundo que no existe. Es también una forma de nostalgia. Vivir una historia que no hemos vivido o que nos gustaría haber vivido o que podríamos vivir, pero no es posible. Entonces la literatura, es una forma de compensación a la limitación de la naturaleza humana. (2006)

Bien podríamos analizar la producción literaria caribeña-francófona, en nuestro caso, desde esta perspectiva. El Caribe es un lugar que engloba islas y continente. Es percibido como un *carrefour* de razas, lenguas, culturas y textos —orales y escritos—, como una zona de encuentros, de conflictos, de provisionales identidades, y, por esto mismo, como un espacio llamado al dialogismo, a la negociación, a la interacción. Islas y costas marcadas por huellas de lo que pudo ser y fue eliminado: poblaciones y civilizaciones —caribes y arawaks, entre otros—; por trazas de lo que en realidad fue y cuyo recuerdo provoca dolor como una herida siempre abierta: esclavitud, plantaciones, violaciones y exterminios y por rastros, finalmente, de lo que es y engendra sufrimiento por lo perdido: exilio, diásporas y migraciones. Este Caribe representó por mucho tiempo un sitio abandonado en *el mal de la distancia* sinónimo de lo negado, librado a la amnesia, reprimido por la Historia oficial y padecido como *mal du pays*, *pays* maltratado por la memoria del olvido. La literatura, cual panacea, crea historias y universos paralelos; se vuelve una forma de nostalgia; compensa la limitación de lo silenciado, como lo quiere Tabucchi. Sólo que los escritores caribeños anhelan corregir al autor italiano y hacen posible “vivir” lo que no se ha vivido con el pesar propio del estado de decaimiento provocado por lo pasado o lo que no se ha conocido pero que retorna como repercusión de una angustia nunca sanada. De esta manera, la producción literaria de la parte del mundo que nos ocupa se inscribe también en la dimensión de la nostalgia del futuro. Evidentemente, en términos de enfermedad, de dolencia moral y psicológica, este proceso trae consigo condenas y redenciones puesto que evocar tanto oprobio provoca padecimientos al tiempo que libera de daños que ¿ya se registran como pasado? De hecho, funciona como un trauma histórico y se manifiesta como una “epidemia” del siglo XXI. El tema central es la reflexión sobre el pasado cargado de tristeza y, en el mejor de los casos, disparadora de una capacidad crítica. En este sentido se complejiza la relación con el hoy y entonces la nostalgia muta en “memorialización” y “reimaginación” del presente.

Con el paso de los siglos, la consideración médica que había adquirido el término se fue perdiendo, mientras que una adscripción psicológica, que remite a la idea de ausencia y de pérdida, fue ganando terreno. Por ello, con frecuen-

cia, la nostalgia vinculada con la añoranza por el pasado ha sido vista como una fuerza regresiva, como una forma de escapismo en el que se idealiza el pasado para huir de un presente insatisfactorio. Sin embargo, parafraseando a Svetlana Boym (*The Future of Nostalgia*), podemos distinguir dos tipos de nostalgia, o, mejor dicho, dos tendencias: la nostalgia *restauradora* y la *reflexiva*. Según esta autora, la primera hace hincapié en el *nostos* y propone reconstruir un hogar perdido y poner parches a las lagunas de la memoria. En el Caribe, ¿cuál sería el “hogar perdido”? ¿La plantación? ¿La esclavitud? ¿O el África de las raíces? ¿Hay realmente un “hogar perdido”? La segunda circula en el *algos*, en la añoranza y la pérdida, en el imperfecto proceso de remembranza. Desandar el camino de la memoria en el tiempo y en el espacio es, parece, para los nostálgicos caribeños una “pérdida”, un “imperfecto proceso de remembranza”. La nostalgia restauradora se manifiesta en la reconstrucción total del pasado, mientras que la nostalgia reflexiva se recrea en las ruinas, conlleva un escrutinio crítico de la historia y la memoria. Intenta entender el pasado para evaluar y valorar el presente. Partiendo de estas consideraciones de Svetlana Boym, los textos elegidos se ajustan más a la nostalgia reflexiva. Claro que para ofrecer una reflexión sobre la historia y el paso del tiempo y mantener la distancia con el pasado con el fin de imaginar otro futuro, para este tipo de distanciamiento, primero hay que restaurar lo pretérito no como un momento perfecto sino todo lo contrario, para no volver a recrearlo tal y como era. Nos parece pues que, en la visión glissantiana, las dos tendencias mencionadas funcionan como dos etapas sucesivas insoslayables para asumir primero y liberar después el profundo dolor de una pérdida irreparable, vivida o imaginada. Así, el deseo de cicatrizar heridas recordadas permite a los nostálgicos reflexivos comprender el tiempo pretérito —que ya no existe más— para, al actualizarlo, cargar de vitalidad el presente.

A la luz de estas observaciones, podemos añadir que la literatura caribeña francófona puede ser leída como un archipiélago de textos que se comunican y entrecruzan. Demanda un acercamiento sin prejuicios, similar al apropiado para el Caribe geográfico y cultural, reclama, en definitiva, una visión abierta hacia el encuentro con un mestizaje de géneros y registros. Hibridación, multiculturalismo, interculturalidad, migrancia, poscolonialismo, ‘creolización’, entre otros, son términos/conceptos —cuestionados todos ellos— que dan cuenta de la perspectiva indudablemente dialógica más propicia para el abordaje de esta escritura íslica y continental en tanto eco de varios entrecruzamientos: lenguas, razas, textos, culturas, memorias, olvidos, *regrets*.

Teniendo en cuenta el estrecho vínculo entre nostalgia e identidad, la literatura que nos ocupa aparece como una *unité-diversité*, según el martiniqués Édouard Glissant, como un rico y heterogéneo conjunto que, más allá de sus pertenencias —lingüísticas, étnicas o nacionales— posee características comu-

nes que nos permiten hablar de una *Literatura caribeña*. La producción de las letras antillanas, es de esta manera celebrada como participante activa en la ceremonia inaugural de una cultura porosa singular/plural, preñada de resonancias de otras manifestaciones poéticas. Eso es memoria haciéndose historia toda vez que de lo individual pasa a lo colectivo, que la rememoración es trascendida por la conmemoración, toda vez, en definitiva, que lo no vivido se transforma en anhelo de un pasado compartido, en posibilidad de una conjura contra el olvido. Por esta vía, escribir en clave literaria para olvidar el olvido y recordar en la creación la memoria de lo que fue y lo que pudo ser nos instala de lleno en el ámbito de la nostalgia entendida como hilo que re-une, como recorrido que habilita para re-conocer y re-conocer-se. Segunda mirada pues, *nostos*, para descubrir el pasado/presente y renegociar el dolor del paso inexorable del tiempo, transcurso que destierra y enajena a la vez que reaviva la conciencia de y desde los orígenes en el juego terapéutico de la memoria ya que revela y oculta aquello que cambia para permanecer idéntico a sí mismo.

El Caribe surge entonces como un punto de encuentro de diferentes retornos, de dolor recurrente en términos de reminiscencias y omisiones, de surgimientos y eliminaciones. Así planteado, el engranaje de la nostalgia tiene en nuestro caso por principal cometido el reencuentro en el tiempo y en el espacio con la *originalidad*, con esa precariedad ontológica de la que adolecen islas y costas caribeñas. Este mecanismo adquiere acaso una connotación positiva ya que en virtud de su permeabilidad, puede este espacio re-hacerse y re-definirse según el derrotero de la anamnesis de los nostálgicos de estas tierras puestos a recordar. En segundo término, dinamiza memoria y olvido con la consecuente representación y preservación/supresión que las diversas comunidades hagan de su propia historia y sus legados, de sus propias identidades desmontadas y vueltas a armar.

La Caraïbe m'a aussi toujours paru être une sorte de préface au continent américain. (...) La Caraïbe a été le lieu (...) du premier débarquement des esclaves traités, des Africains traités. (Glissant, 1995, 12)

Nous avons fait la différence entre les communautés ataviques qui sont basées sur l'idée d'une Genèse, c'est-à-dire d'une création du monde, et sur l'idée d'une filiation, c'est-à-dire d'une liaison continue du présent de la communauté à cette Genèse (...) et les cultures composites nées de la créolisation, où toute idée d'une Genèse ne peut qu'être ou avoir été importée, adoptée ou imposée: la véritable Genèse des peuples de la Caraïbe, c'est le ventre du bateau et c'est l'antre de la Plantation. (Glissant, 1995, 28)

Es evidente que la rememoración de un pasado signado por la tragedia, está acechada por la tentación del olvido toda vez que estas comunidades

—desde las islas al continente— nacieron de la plantación, la violación y la esclavitud. Surgieron de la conquista, del exterminio o de la marginación de las poblaciones amerindias, de la deportación masiva de africanos, de la llegada de trabajadores indios, asiáticos o del Medio Oriente.

L'antre du bateau négrier est l'endroit et le moment où les langues africaines disparaissent, parce qu'on ne mettait jamais ensemble dans le bateau négrier, tout comme dans les plantations, des gens qui parlaient la même langue. (...) Et qu'est-ce qui se passe pour ce migrant? Il recompose par **traces** (...) une langue et des arts qu'on pourrait dire valables pour tous. (...) L'Africain déporté (...) a fait quelque chose d'imprévisible à partir des seuls pouvoirs de la mémoire, c'est-à-dire des seules pensées de la **trace**, qui lui restaient: il a composé d'une part des langages créoles et d'autre part des formes d'art valables pour tous, comme par exemple la musique de jazz qui est re-constituée avec des instruments donnés mais à partir d'une trace de rythmes africains fondamentaux. (Glissant, 1995, 15; las negritas están en el original)

Agreguemos que lo específico de la insularidad es el hecho de diseñar un micro-espacio cercado, delimitado por todas partes. Por ello, la dialéctica de lo cerrado y lo abierto por un lado, y el permanente movimiento circular de partir y regresar o el de errar sin abandonar el terruño, por otro, siempre están presentes. En las obras de ficción, estas dos cuestiones tienen un lugar de privilegio. En el centro, está la problemática de la pertenencia, tema recurrente que se expresa de variadas maneras en y por la literatura. Pertenencia ligada estrechamente a la problemática de la identidad y, con ésta, a la de la memoria-olvido y a la de la añoranza de los anales identitarios borrados. En términos de nostalgia reflexiva, el dolor de la pérdida se vuelve una herramienta indagadora del individuo y de la comunidad.

En general, la literaria caribeña producida por escritores nativos de las islas antillanas, residentes en esas islas, emigrados o migrantes, tiene en su seno la inscripción del exilio —forzado o voluntario— y de la errancia, término este último que remite a ese movimiento, esa manera de ser, de pensar y de escribir que Édouard Glissant caracteriza con estas palabras en la *Introduction à une Poétique du Divers*:

Et l'errance, c'est ce qui incline l'étant à abandonner les pensées de système pour les pensées, non pas d'exploration, parce que ce terme a une connotation colonialiste, mais d'investigation du réel, les pensées de déplacement, qui sont aussi des pensées d'ambiguïté et de non-certitude qui nous préservent des pensées de système, de leur intolérance et de leur sectarisme. Par conséquent l'errance a des vertus que je dirais de totalité: c'est la volonté, le désir, la passion de connaître la totalité, de connaître le «Tout-monde», mais aussi des vertus de préservation dans

le sens où on ne veut pas connaître le «Tout-monde» pour le dominer, pour lui donner un sens unique. La pensée de l'errance nous préserve des pensées de système. (Glissant, 1995, 96)

La literatura caribeña se construye sobre la pérdida de los lugares del origen; ancla en la precariedad de una memoria frágil y fragmentaria. La pertenencia se vuelve una obstinada demanda como consecuencia del desarraigo inicial. Por esta vía, se problematiza la relación con el pasado. Dicha conexión impulsa el anhelo de un punto liminar *re-conocible* y azuza la imaginación para ir en pos de la re-creación de un grado cero sosegado posterior a los barcos, las plantaciones, las cadenas y los látigos; punto de partida que incluye los tormentos del tiempo pasado en las palabras y los blancos de los pre-textos o pre-historias. El martirio de lo recordado encuentra, en este juego que el arte literario posibilita, una reparación a través de la escritura. Entre líneas o de manera expresa resuenan, ineluctablemente, ecos de una *originalidad* vergonzante y reprimida descubierta por el recuerdo la segunda vez que se la ve, como insistía Pavese. Huelga añadir la vinculación de este mecanismo con una legítima búsqueda de pertenencia.

Dans la relation mondiale aujourd'hui c'est une des tâches les plus évidentes de la littérature, de la poésie, de l'art que de contribuer peu à peu à faire admettre «inconsciemment» aux humanités que l'autre n'est pas l'ennemi, que le différent ne m'érode pas, que si je change à son contact, cela ne veut pas dire que je me dilue dans lui, etc. (...) Parce que l'artiste est celui qui approche l'imaginaire du monde, et que les idéologies du monde, les visions du monde, les prévisions, les plans sur la comète commencent à faillir et qu'il faut commencer à lever cet imaginaire, ce n'est plus là rêver le monde, c'est y entrer. (Glissant, 1995, 43)

La literatura es una forma de compensación a la limitación de la naturaleza humana, dice Tabucchi...

La mancilla grabada en el rumbo de los pueblos originarios exterminados de esta parte del "Nuevo Mundo" y en la piel de los negros descendientes de seres humanos bestializados arreados en barcos negreros no se evoca sin pesar, sin nostalgia enfermiza, sin intentos de negaciones mágicas. De allí que las zonas de sombra sean particularmente amplias para los pueblos surgidos de una diáspora. Por esto, debemos hablar de memorias y de historias, o, mejor aún, de un constante "hacer memoria" y "hacer la historia". La literatura caribeña re-semantiza, re-hace esas reservas siempre disponibles, esos recovecos de las historias colectivas e individuales de los americanos de ésta, una de las Américas. Archivos, siempre en plural, siempre inestables, siempre anhelados y buscados en las huellas, en los ecos, en los silencios y en las amnesias. Siempre por reconstruirse. Esta reconstitución imaginaria a veces es grito desgarrador, a veces

es palabra articulada en relatos frágiles llenos de cicatrices que exploran el océano de la deportación al tiempo que intentan soslayar el mutismo. Siempre es nostalgia que roe por lo vivido y lo ignorado a la vez que es proyecto de un añorado porvenir re-humanizado. El relato de ficción puede bien burlar o ignorar los documentos de la historia oficial y apelar así a las *traces* de la memoria ya que los registros de las crónicas coloniales privilegian la voz de los negreros colonizadores o, lo que es más perverso aún, recurren al silencio. Si no está escrito, no existió. La literatura está habilitada para dar la voz a los que hablan, cantan, cuentan o callan, a los que no pertenecen a la cultura del libro. Puede al fin abandonar el grito y forjar la palabra, como lo quiere Édouard Glissant, celebrar el caos de los orígenes con el fin de permitir el tránsito de lo oficial y lo marginal, lo permitido y lo prohibido, de devolver un punto de partida hecho de confluencias difíciles de nombrar y que, precisamente por ser un punto de partida cargado de memoria no agendada, sufren el estigma de un dolor extremo a la vez que posibilitan la creación curativa de una Ítaca por inventarse, de un espacio caribeño —islas y continente— compartido sentido como propio. El pesar y la añoranza que enferma pueden transformarse en nostalgia de un porvenir reparador.

Alejo Carpentier me disait dans une conversation quelque temps avant sa mort: "Nous autres Caraïbéens nous écrivons en quatre ou cinq langues différentes mais nous avons le même langage." L'art du conteur créole est fait de dérives en même temps que d'accumulations, avec ce côté baroque de la phrase et de la période, ces distorsions du discours où ce qui est inséré fonctionne comme une respiration naturelle, cette circularité du récit et cette inlassable répétition du motif. Tout cela converge en un langage qui court à travers les langues de la Caraïbe, anglaise, créole, espagnole ou française, qu'elle soit de Carpentier, de Walcott ou des écrivains francophones de la Martinique, de la Guadeloupe ou de Haïti. Et le merveilleux, voyez-vous, c'est que cette exploration d'un langage par et par-delà les diverses langues utilisées ne pervertit en rien aucune d'elles et ajoute à chacune, les convoquant toutes en un point focal, un lieu de mystère ou de magie où, se rencontrant, elles se «comprennent» enfin. (Glissant, 1995, 34)

Algunas de las obras de Glissant tituladas *novelas* pertenecen manifiestamente al género novelesco: *La Lézarde*, *Le Quatrième Siècle*, *La Case du Commandeur*, *Tout-Monde*, entre otras. Traman una materia común que se desarrolla a partir de personajes y temas cuyo programa y recorrido están dados por *La Lézarde*: "L'histoire de notre peuple est à faire". La empresa mayor del novelista Glissant es la de reapropiarse de ese pasado antillano caótico, *creolizado*. *La Case du Commandeur*, publicada en 1981, remonta la genealogía de Marie Celat, Mycéa, compañera de Mathieu Béluse, hasta encontrar la huella del antepasado Odon. El recorrido de este camino analéptico retraza también

el lento periplo de vuelta a los orígenes históricos y lingüísticos del pueblo antillano al tiempo que elucida la maraña de la remembranza y recrea una historia por parches.

La novela que nos ocupa está encuadrada entre dos recortes de diario relativos a la locura de Marie y al asilo en el que ha sido internada. Está dividida en tres partes, cada una de ellas a su vez, subdivididas en apartados: "La Tête en feu", "Mitan du temps" y "Le premier des animaux".

Desde el primer capítulo, vemos a Marie Celat (1928) desafiar al pretendido discurso humanista de sus maestros. Su padre, Pythagore Celat (1902), casado con Cinna Chiméne (1911), persigue la búsqueda de los recuerdos de trata, búsqueda desatada por un grito, ¡*Odono!*, cuyo significado desconoce. Cinna Chiméne, quien ha sido hallada en un camino por Pythagore y su propio padre, Ozonzo, consultará a Papa Langoué, el *quimboiseur* (mezcla de hechicero y sacerdote), quien le revelará las prácticas ligadas al vudú. Augustus (1850), padre de Ozonzo, está casado con Adoline Alphonsine (1848), hija de un comendador negro, Euloge, quien partió hacia las sierras cuando la abolición de la esclavitud en 1848. Euloge está casado con una mujer que no tiene nombre y que habla sin cesar, en pasado, de la traición original. Anatolie Celat, padre de Augustus, ya contaba esta historia por retazos a sus numerosas amantes. Al casarse con Liberté Langoué, Anatolie recibe de su esposa las explicaciones de lo que él no conoce de esta *historia remendada*, la traición primordial.

Desde el inicio, el tema de la memoria está presentado en términos de problemática. El olvido parece haber ganado la partida. Los esfuerzos por *hacer memoria* se frustran frente a muros infranqueables. El *temps d'avant* es por ahora un agujero colmado de imágenes incoherentes que desembocan siempre en el grito desesperado y desesperante por no poder llegar a las fuentes: ¡*Odono!* Desandar el curso del tiempo es encontrar palabras desconocidas, las pocas que han perdurado de la lengua africana, cuentos llenos de fantasías que bien podrían comenzar con el mágico *Había una vez* y continuar con leyendas que la Historia no ha consignado y que, en consecuencia, sólo pertenecen al ámbito de lo oral, transmitido de generación en generación. Este registro, el oral, las hace precarias, modificables, dependientes siempre de la imaginación y habilidad del narrador al tiempo que representa la única manera de almacenarlas y conservarlas. El mecanismo de rememoración activado por la nostalgia del gran relato olvidado, perdido en las profundidades del océano, choca con lo marginado si no suprimido. Faltan las imágenes y las palabras para re-conocerse en el retorno a los orígenes. Esta vuelta atrás en el tiempo y en el espacio sólo provoca dolor expresado en un grito potenciado por la angustia y la impotencia. De esta manera, "irse" al pasado e intentar "llegar" a él se manifiesta como un síndrome sin remedio conocido.



Paradójicamente, la frontera intransitable que esconde el tiempo pretérito como a un arcano debería ser, por líquida, especialmente apta para el pasaje de cosas o personas. Sin embargo, esta agua —la del Atlántico— se diluye como un elemento de doble cara que esta vez muestra la negativa: no es el líquido bautismal que purifica e inicia, se trata de aquel que pudre y licua lo que toca. Así, traslada muertos vivos, amnésicos o sin historia recobrada, fantasmas borrados por la Historia. En *La Case*, la memoria —voluntaria o involuntaria— llega hasta un gran pez cuyo vientre alberga a dos hermanos —uno de ellos traidor, el otro traicionado— o a suicidas que por saber bien que lo que dejaron atrás es irrecuperable ya que les ha sido arrancado de cuajo, no soportan este comienzo en la peor de las ignominias cual es la esclavitud en territorios desconocidos y cerrados. Nostalgia de los orígenes, sí, pero también terror de exhumarlos. Esta comunidad ya mestiza —por elección y por violaciones horribles— debate por lo que el engranaje de la anamnesis debe consignar en los relatos. La rememoración y la escritura de lo evocado entonces, dan cuenta de un conflicto de memorias y, por ende, de nostalgias, al tiempo que éste evidencia la dificultad del *écrire* (así designan estos personajes caribeños a la escritura), que se hace en francés, enfrentado al contar que puede hacerse en *créole* toda vez que éste pertenece al ámbito de la intimidad o de la marginalidad. Marie Celat es reprendida en la escuela porque desafía a sus maestros al hablar en *créole*.

En términos de identidad, esta lucha refleja un conflicto de derechos, una superposición de monólogos que Glissant pretende transformar en diálogos de lo diverso, del *Tout-monde*, en “creolización” rechazando la idea de mestizaje. La primera se le ocurre dinámica y conciliadora toda vez que preserva individualidades y propicia la aceptación del otro; la segunda se le antoja relacionada con el ser, con la predestinación, con lo que propicia culturas ligadas al poder y al centro frente a civilizaciones relacionadas con la sumisión y la periferia. El Caribe es uno y diverso. Si hay un *nosotros*, evidentemente no debería sustentarse en hegemonías sino en una pluralidad.

**Le monde se créolise**, c'est-à-dire que les cultures du monde mises en contact de manière foudroyante et absolument conscientes aujourd'hui les unes avec les autres se changent en s'échangeant à travers des heurts irrémédiables, des guerres sans pitié mais aussi des avancées de conscience et d'espoir qui permettent de dire —sans être un utopiste et même en étant un—, que les humanités d'aujourd'hui sont en train d'abandonner difficilement quelque chose à quoi elles s'obstinaient depuis longtemps, à savoir que l'identité d'un être n'est valable et reconnaissable que si elle est exclusive de l'identité de tous les autres êtres possibles. (Glissant, 1995, 14; las negritas están en el original)

Empero, *La Case du Commandeur* pone en acción individualidades que tienen dificultades para erigirse un *nosotros* desde la óptica dialogista. Antes

bien esta primera persona del plural se diluye en varios *yo* separados y en diáspora. Los mecanismos de la memoria y la escritura de la historia chocan con imponderables, con viejas heridas, ancestrales olvidos y confusos *regrets* que no permiten aún entramar relatos en los cuales reconocerse uno mismo en los otros. El pasado colectivo silenciado todavía se resiste, parece, a una construcción hecha discurso negociado y agendado.

El derrotero de Marie Celat puede ser leído como una circulación del presente al pasado y al futuro que ciertamente le da experiencia y sabiduría, como reverso de la locura que la acecha, a la vez que le desnuda su soledad y su incurable pena. Luego de circular por la sierra y la ciudad, hacia el final de su periplo, llega al borde del mar. Se descubre mirando hacia las Antillas, imaginando el continente e ignorando el Atlántico. Se reconoce *de acá* y, por ende, no siente nostalgia por África a la que da la espalda para voltearse hacia las islas del Caribe, sus islas ahora. Esta pertenencia la reconforta. Ya la añoranza de la memoria negada y del olvido impuesto abandonan el grito desesperado y mutan el muro de la eliminación de trazas en puentes imaginarios, en construcción de nuevas sendas por donde andar migrando de isla en isla o bordeando el continente con recuerdos comunes convertidos en nostalgia posterior a *Odono*, posterior a los huecos de ausencias, de amnesias y de marcas impuestas. Abreva así en las fuentes de la contramemoria que habilita para escribir la Historia desde otro lugar y para ser leída desde otra perspectiva. "Creolizar" significa, en adelante, empezar a tener qué conmemorar, entrar dinámicamente en la Historia que se hace, se deshace y se rehace con añoranzas de remembranzas construidas y de conmemoraciones que pueden aglutinar comunidades aun en las diferencias de las pequeñas historias. Nostalgia reflexiva, dice Boym... Posterior a la restauradora, sin vocación reconstructiva, decimos nosotros...

Le pays n'allait pas si mal, il ne fallait pas exagérer. [...] La race des Nègres est déjà trop nombreuse comme ça. Marie Celat courait aux endroits des bords de mer d'où par temps découvert on reconnaissait la Dominique au nord, [...] ou Sainte-Lucie au sud [...]; elle apostrophait les îles. Répondez, la Dominique. Je vous appelle à conférence. [...] ho répondez Jamaïque. Venez à la naissance et appelez dans la danse, Haïti ho Haïti. [...] Comprenant toutefois que si elle parlait à ces pays comme à des personnes vivantes, ombrageuses ou bonnes, c'est parce qu'elle était restée si longtemps à venir là se baigner au soleil sans jamais lever les yeux sur l'horizon où les mêmes mornes là-bas se profilait. (Glissant, 1997, 181)

Recordar el tiempo pasado para construir el futuro es ante todo alcanzar el saber. Así asumido, el funcionamiento mnemónico preserva al memorioso de la memoria enfermiza que pretende tachar lo ya escrito, las *traces* tatuadas por siempre en el cuerpo, el corazón y la mente. No hay manera de borrar ese

palimpsesto. Por el contrario, una vez asumida esta condición de las huellas de la raza y de la Historia, ¡*Odono!* se vuelve un alarido desgarradoramente victorioso. Sobre las ruinas de la traición y el oprobio, empieza a contarse —y a oírse— *otra* Historia. La voz de los negros suma sus relatos al libro de la crónica de las Américas. El literario constituye un discurso privilegiado para ello.

Teniendo en cuenta el eje de nuestro trabajo, nos detendremos brevemente en la segunda parte de la novela en cuestión, esto es, "*Mitan du temps*", segmento esencial para nuestros objetivos y central en la novela que nos ocupa. Reúne los elementos de un reservorio de los orígenes cuando el jefe de los primeros *marrons*, Aa (simbólicamente, la primera letra del abecedario de la lengua del conquistador), se vincula con los últimos indígenas. Capturado luego de la traición de uno de los suyos, Aa es torturado y luego ejecutado: su verdadero nombre es Odonó y había sido deportado de África por la traición de su hermano, otro Odonó. Evocación de los orígenes en América, del *pays d'ici*, en los que resuenan caóticamente los ecos del *pays de là*. En estos tiempos antillanos, se dejan oír las disonancias del *temps d'avant*. En la montaña, un hombre comete un incesto con una de sus hijas que será la mujer sin nombre, la mujer de Euloge. Una mujer deportada y violada tiene un hijo al que ahoga antes de suicidarse porque "los esclavos no deben tener hijos". Si hemos llegado a las raíces, éstas están teñidas de dolor, de corrupción, de rebeldía, de horror. Negros, mestizos, indígenas, seres ignotos animalizados y exterminados por los blancos y por los negros cómplices de estos negreros conquistadores. La nostalgia restauradora no devolvería precisamente un pasado perfecto; no llamaría a re-hacerlo tal y como era. Podríamos preguntarnos entonces, de qué sirve recordar o cómo escapar de esa herencia y aterrorizarnos ante este dolor. Sólo que quizá sin esta evocación toda dimensión de futuro se volvería mentirosa, imaginaría un porvenir asentado en una ciénaga que des-haría cualquier intento por anclar finalmente en *un pays*, precario sí, pero no quimérico.

*Hacer la historia* entonces, en la perspectiva glissantiana, supone empezar por aceptar estos orígenes espurios, esta condición bastarda producto de barcos de asfixia y dolor extremo, de nativos borrados del mapa, de blancos dueños de negros e indígenas para dar rienda suelta a todos sus bajos instintos, y de negros y americanos traidores. Volvemos a interrogarnos y a apostrofarnos: ¿Qué añorar entonces y para qué? La memoria restauradora puede re-hacer primero, como etapa necesaria, para luego cambiar de blanco, ceder el lugar a la nostalgia del futuro una vez re-conocido el pasado y sus horrores y crear el porvenir *desde* los orígenes. La historia del Caribe comienza con incestos y violaciones entre humanos blancos convencidos de su superioridad y humanos negros, mestizos e indígenas bestializados por aquellos y convencidos muchos de ellos de su naturaleza "inferior". ¿Cómo escapar de semejante círculo infernal? Este pandemonio revive el grado cero de la Historia del Caribe.

Memoria, Historia, pesar, dolor y decaimiento por el retorno al tiempo transcurrido y a un lugar maldito mueven a partir, el mundo del afuera solicita el desplazamiento. El Caribe entonces despierta también el deseo de abandonarlo, el anhelo de dejar atrás los recuerdos recuperados y los hechos revelados y difíciles de asumir. Debe sumarse la visión del mar que rodea las islas y la costa, la del agua que transporta y ahora pone en contacto, sin hegemonías, universos diversos, la del archipiélago que forma un todo, una *unité-diversité* en los *pays d'ici*, los del Caribe, alejados del *pays de là*. Del caos nace precisamente la "creolización" que quiere Glissant, para esta América y para las "humanidades". Pero para esto es necesario recordar y relatar también caóticamente, como la réplica de la "creolización" siempre desordenada, los recuerdos por retazos y fecundados de blancos.

Retomando la historia de Marie Celat, Mycéa, digamos que esta heroína es acechada en todo momento por la locura. Tiene tres hijos, una niña y dos varones, Patrice y Odon. Estos dos últimos mueren, uno en un accidente de moto y el otro ahogado en el mar. Lo que para el resto será locura, para Mycéa es no olvidar, es añorar lo que pudo y ¿puede aún? ser. Expresa cuentos incoherentes, plenos de vacíos, de nombres desconocidos; relatos de retazos de una historia extraída de manuscritos encontrados por azar que cuentan fragmentos de mitos fundadores del Caribe estructurados *en abyme*, espejando precisamente los jirones de una historia cuyo origen se desconoce y de la que no se puede imaginar el final. Esa Historia licuada por el agua y la negación a hacer la anamnesis de semejante pesadilla, esa herencia abona la relación de Marie Celat y, por esta vía, se convierte en la guardiana de la memoria, en la nostálgica restauradora y reflexiva y en la propagadora de la única historia que pueden rescatar, la que han recompuesto con las *traces* so pena de silenciarla para siempre y así sufrir la muerte definitiva, la del olvido. En este punto de la novela, Marie Celat concentra en su ser, en su "locura" y en su decir varias nostalgias puestas en funcionamiento caóticamente a lo largo de la obra. Ahora todas se mezclan: el retorno, en el tiempo y en el espacio, el exilio interior, la vuelta a los orígenes, la crítica a los que no quieren recordar, la memoria que abona a la Historia y la dimensión de un futuro creolizado.

Es de destacar que la Memoria se consigna en un francés caótico, oralizado, mezclado con términos y expresiones *créoles* y hasta africanas mientras que se escribe la Historia en un francés que cuida el relato. La lengua original —una de ellas— está condenada al olvido: las palabras africanas que se han transmitido son deformadas y no vale la pena aclarar el sentido de las mismas. Quedaron en el océano, encerradas en el vientre del pez-habitación. En la isla, la Historia empieza con otras lenguas, una ya constituida, transmitida en la escuela para el *écrire*, la otra —reservada a los *créoles*—, mestiza, inventada, transmitida oralmente para gritar ¡*Odon!* o para pasar imperativamente del grito a la palabra.

Desde un comienzo, la lengua francesa es objetada por Marie en su funcionamiento "civilizacional". Hay que hacer añicos las cadenas que le prohíben comprender al otro. La prueba de esto está dada por la esposa del propietario de la plantación quien está fascinado con los relatos fragmentarios que le cuentan las negras con quienes tiene relaciones sexuales, las amantes de Anatolie que escucharon, hechizadas a su vez, los retazos de la historia del negro. Relato de relato. Cuando el plantador narra a su mujer, fascinada por la trama, los fragmentos del cuento, aquélla intenta reconstruir el relato de Anatolie y consignarlo por escrito. La relación que produce no tiene sentido alguno. A este precio puede ser recobrado y vengado el grito primordial del *marron* torturado, al que se le ha puesto fin antaño, ejecutándolo cruelmente. Para escucharlo y entenderlo hay que *creolizar* plumas, relatos y narradores.

La créolisation exige que les éléments hétérogènes mis en relation «s'intervalorisent», c'est-à-dire qu'il n'y ait pas de dégradation ou de diminution de l'être, soit de l'intérieur, soit de l'extérieur, dans ce contact et dans ce mélange. Et pourquoi la créolisation et pas le métissage? Parce que la créolisation est imprevisible alors que l'on pourrait calculer les effets d'un métissage. (...) La créolisation régit l'imprevisible par rapport au métissage; elle crée dans les Amériques des microclimats culturels et linguistiques absolument intendus, c'est-à-dire des endroits où les répercussions des langues les unes sur les autres ou des cultures les unes sur les autres sont abruptes. (Glissant, 1995, 16-17)

Glissant, al recuperar una búsqueda iniciada por *La Lézarde*, teje nuevamente la larga anamnesis en pos de la reapropiación de las palabras que logran hacer comprender lo que es propiamente insensato: la represión del recuerdo de la esclavitud y de la trata por los mismos caribeños.

Les cultures ataviques tendent à se créoliser, c'est-à-dire à remettre en question de manière souvent dramatique —voir la Yougoslavie, le Liban, etc.— le statut de l'identité comme racine unique. (...) Cette vue de l'identité (...) s'oppose à la notion aujourd'hui «réelle», dans ces cultures composites, de l'identité comme facteur et comme résultat d'une créolisation, c'est-à-dire de l'identité comme rhizome, de l'identité non plus comme racine unique mais comme racine allant à la rencontre d'autres racines. (...) Dans le panorama actuel du monde, une grande question est celle-ci: comment être soi sans se fermer à l'autre, et comment s'ouvrir à l'autre sans se perdre soi-même? Et c'est la grande question que posent et qu'illustrent les cultures composites (...) dans le monde des Amériques. (Glissant, 1995 19-20)

La memoria/nostalgia es siempre selectiva con lo cual el olvido no se opone a ella sino que forma parte de la misma. La memoria de la historia puede anclar en el pasado al que sólo actualiza y restaura sin ser útil ni para el pre-

sente ni para el futuro, o puede ser también reflexiva y revitalizadora, esto es, recordar para mejorar el presente y el porvenir. Podemos decir que Édouard Glissant en *La Case du Commandeur* selecciona hechos aberrantes del pasado para hacer memoria, sí, pero sobre todo para hacer la Historia del Caribe con miras hacia un presente que libere de y un futuro que no repita ignominias preteritas. En su *Introduction à une Poétique du Divers* leemos:

Une erreur de majoration ou de minoration dans l'appréciation des conditions initiales peut se multiplier à l'infini et de manière erratique à l'intérieur du système. C'est une idée qui m'a beaucoup intéressé parce que j'y ai retrouvé une autre idée que j'ai formulée, celle de **la vision prophétique du passé**. La vision prophétique du passé, c'est-à-dire que le passé ne doit pas seulement être recomposé de manière objective (ou même de manière subjective) par l'historien, il doit être aussi rêvé de manière prophétique, pour les gens, les communautés et les cultures dont le passé justement a été occulté. (Glissant, 1995 64; las negritas están en el original)

Esclavitud, trata, torturas, rebeliones, castigos, suplicios, al fin, de una *raza maldita* son recordados en la novela que nos ocupa en función del derecho a saber y hacer saber al tiempo que este reservorio de ignominias resguardado hoy por la memoria de la esclavitud puede nutrir, una vez rememorado, una visión proféticamente menos cruel del presente y del futuro. ¿Utopía? Sin duda. “Tout à fait, c'est utopique”, afirma Glissant mientras se justifica a renglón seguido: “Mais je pense que rien ne s'est fait sur terre de valable sans utopie. Je ne connais pas de grande œuvre des humanités qui se soit faite sans utopie”. (74)

Explorar el pasado caribeño —islas y continente— como un espacio de choques, ciertamente, pero también de encuentros en perspectiva dialógica es “hacer memoria” para *hacer la historia* —en las lenguas imperiales o en las lenguas *créoles*— de este lugar marcado por la *unité-diversité* según Glissant. *Nostos* y *algos* animan este juego que se pretende humanizador. Reclaman una anamnesis con el fin de agendar las memorias. Plantean con fuerza y lucidez los orígenes rizomáticos de las culturas *composites* —la caribeña, por caso— reflejados en un presente que rechaza la identidad de la raíz única y tiende a “creolizar” el Caribe en el marco de una visión profética, utópica indudablemente, que quiere también humanidades *creolizadas*.

### Bibliografía

- Boym, Svetlana. *The Future of Nostalgia*. New York: Basic Books, 2001.
- Glissant, Édouard. *Introduction à une Poétique du Divers*. Québec: Presses Universitaires de Montréal, 1995.
- . *La Case du Commandeur*. Paris: Gallimard, 1997.
- Tabucchi, Antonio. “La nostalgie et la littérature”. <http://akiyolfr.free/racontars.29/10/2006> (online).